

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

FILMANDO CON LAS HELICES

DOS APOSENTO MAS DE BONAMPAK

NO salimos del asombro, del temblor en la piel que nos dejó el primer aposento que visitamos en esta ciudad de los muros pintados, rodeada por el misterio de la selva milenaria, y ya nuestros pies con sendas botas nos introducen en otra dimensión de lo extraordinario, en un segundo universo de este cerrado templo, donde la luz entra graduada, como que con ella los mayas jugaban para una mejor apreciación de las figuras de los bajorrelieves y de los colores de estos murales grandiosos. Pero ¿estos señores de la luz —nos preguntamos— lo fueron de la guerra? ¿No se les tenía por pueblos pacíficos, agricultores, arquitectos, artistas, astrónomos, jugadores de pelota y amantes de la paz?

A poco de penetrar en este segundo aposento nos encontramos en medio de una batalla en la que no alcanzan los ojos a detallar tanto brazo armado de lanzas o macanas adornadas, tanto movimiento de lucha, de voraz captura de prisioneros, de rostros feroces, de guerreros enmascarados con cabezas de animales de fauces pobladas de filosos colmillos, con personajes principales llevando, al vivo, cabezas de prisioneros, colgando de su pecho, todos con naguilas de pieles de tigre, algunos empenachados de plumas de quetzal, otros con los más bellos tocados, en los que el estilista puso un pez de caprichoso movimiento, un turbante, el pico de un ave, o un mascarón. Quitasoles, trompeteros con trompetas y maracas adornadas con dibujitos blancos de huesos humanos, y una figura alta, en un extremo, portan la comida de los guerreros.

Pocas pinturas hemos visto representar una batalla con este movimiento, este vigor, esta fuerza, este empuje, diríase que las figuras de los guerreros se arrancan de los muros y luchan efectivamente, y hay para atemorizarse de caer prisionero en manos de aquellos señores que, como era habitual, marchaban a la guerra pintados de rojo, con achiotte, cubiertos por los arcos de sus animales protectores o nahuales, sin faltar los famosos guerreros pintados de negro, cuerpo y cara pintados de negro, con sólo el blanco de las córneas y el blanco de los dientes, en la cara de carbón. Llevan para atacar lanzas y macanas, y escudos para defenderse, algunos con inscripciones todavía no descifradas.

Y en este segundo aposento, a decir de los entendidos, hallamos el trozo de mural en que la pintura maya llegó a su máxima expresión de belleza. De abajo arriba nos encontramos con filas de guerreros que presentan sus lanzas, al igual de otro grupo que en la parte alta hacen otro tanto. Estos guerreros que forman la guardia de los señores, ante quienes se sacrifica a los prisioneros, visten los arcos más raros, todos simbólicos, todos nagualísticos, pues en tanto uno ostenta en su cabeza la dentada fauce de un carnicero, otro lleva casco con el pico de un ave, el pico ganchudo de un ave de batalla, y otro una cabezita de venado, desnuda de piel, sólo con los dos cuernos, y otros turbantes amarillos, pieles de jaguar enrolladas, y la vestimenta es de lo más rica y armoniosa: orejeras, hombreras, capuchas, especies de calzones cortos, deco-

rados algunos como los que usan los indios en la actualidad en algunas localidades de Guatemala.

Entre estos dos grupos de guerreros, los de los escalones del graderío de gradas rojas en que se desarrolla la escena, y los de los escalones más altos, se hallan, encuclillados y sentados, los prisioneros. Dos de ellos con los dedos de las manos sangrando. Se ven las salpicaduras de la sangre como puntitos rojos, especies de rosarios de gotitas rojas cayendo de sus dedos. En la grada, inmediatamente inferior, se contempla la cabeza cortada de uno de los prisioneros, en un colchoncito de hojas verdes, y cerca, un prisionero al cual, un personaje poco visible, está cortándole los dedos.

Pero volvamos a la parte superior y principal de la escena, a lo que se ve en la primera grada de la escalinata de gradas rojas en que se desarrolla esta dramática, esta trágica ceremonia del sacrificio de los prisioneros. De un lado ya hemos visto que está la fila de guerreros presentando sus lanzas, el último de estos tiene un prisionero, casi a sus pies, el cual es presentado al Gran Señor, que está, perfectamente separado de las demás figuras al centro, con una larguísima cauda de plumas verdes como penacho, la casaca de piel de tigre, un pectoral de jade, brazaletes de jade, sandalias de piel de tigre y una lanza adornada, en la parte alta, con piel de tigre, lanza que cae, vertical, sirviendo como eje del conjunto, por detrás de la cabeza de un prisionero que se ve echado en las gradas. Se dijera que la lanza le entra en el ojo, pero no, está perfectamente aparte, atrás, apoyada atrás de la cabeza que el prisionero tiene echada contra la grada. Esta es indudablemente la figura más bella de Bonampak, la mejor lograda en la pintura mural de los mayas. Desnudo totalmente, apenas si un taparrabo blanco lo cubre. Es una extraordinaria figura humana, dibujada con la más absoluta maestría, pero, aparte del sentido plástico perfecto, una figura yacente que traduce todo el dolor del prisionero de guerra y que hace pensar en aquel «¡ay, de los vencidos!».

El primer aposento, a juzgar por la actitud de las figuras en la ceremonia, fuera de la escena de la entrada, que en las tres estancias es de jefes a los cuales se presentan prisioneros; en el primer aposento, decíamos, se preparan los señores para la batalla, los señores y los guerreros que han de acompañarles, con sus armas y sus escudos, sus trompetas, sus tambores, sus maracas, sus tortugas, sus disfraces feroces, algunos pintados de achiotte rojo, otros de negro. En el segundo aposento, se da la batalla. Son las escenas de la lucha en plena selva. Acaso sólo en las pinturas de las batallas imaginadas por los orientales se alcanza este movimiento, esta gracia, esta soltura en las combinaciones de dibujo y colorido. El segundo aposento comprende, la batalla, por un lado, y por otro, la entrega de los prisioneros a los supremos jefes, y el sacrificio de los mismos.

En el tercer aposento, que en el dintel ostenta también al guerrero triunfante que ataca con su lanza a un cautivo que se esfuerza por contener el golpe, nos encontramos en el mo-

mento de la celebración de la victoria, en la gran danza de diez personajes con gigantescos penachos verdes que salen de sus cabezas, y una especie de aspas que llevan a los lados de las caderas con dibujos desafortunadamente muy borrosos. Cada una de estas figuras que abarcan amplios espacios, para dar cabida a sus monumentales penachos de plumas, a las aspas que salen de sus caderas, llevan en las manos abanicos. En lugar de armas, de lanzas o macanas, abanicos de fiesta.

Se completan los murales de este tercer aposento con dos escenas. Una es un grupo de figuras que llevan en hombros, sobre una especie de anda, a un personaje vestido de jaguar, los brazos pintados de negro. Adelante de este personaje, un sonajero. Poco se puede ver, la pintura se ha lavado, no así en otra escena que se admira en la parte superior de este tercer aposento: una escena familiar, de mujeres en la paz del hogar. Se ven tres mujeres sentadas. Una anciana que come algo que ha tomado de un recipiente y que acaso sea pescado, pues se le ve sacándose de los labios una como espina blanca, y a sus pies, abajo, un criado arrodillado, que ya en sus manos le tiene recibidas dos espinas. Las otras dos mujeres, una frente a otra, conversan animadamente, a juzgar por sus actitudes, por sus manos que hablan. Todas estas figuras vestidas de blanco, simples camisas blancas. En la parte de abajo, una sirvienta con un niño en brazos. Esta escena hogareña confirma que ya pasó la guerra, que ya fue celebrada la victoria. De los tres aposentos de Bonampak, este es el más deteriorado.

Si contamos las figuras que pueblan cada uno de estos tres aposentos de Bonampak, encontraremos que en el primero hay alrededor de setenta y cuatro personajes; en el segundo aposento más de ciento cincuenta guerreros, prisioneros, y otro tanto en el tercer aposento, por lo que, contando con que muchas de estas figuras están borradas, puede afirmarse que llegan a quinientas las imágenes humanas que ocupan este feliz descubrimiento de Bonampak, descubrimiento que, aparte de lo que toca a la arqueología, permite a la etnografía ampliar sus conocimientos sobre esta admirable civilización y cultura, ya que estos personajes van ataviados con telas, con dijes, con collares, con plumajería, lo que demuestra que también entre los mayas existió el arte de la pluma trabajada, que antes se creía sólo de los aztecas, y demuestra también, por lo que toca a las escenas aquí representadas, que no sólo los aztecas, sino los mayas, en el Viejo Imperio al menos, fueron guerreros, y que estos muros de la ciudad pintados, son los de un templo al que los lacandonos, habitantes de la región, últimos descendientes directos de los mayas, llaman la Casa del Tigre.

Y de este mundo mágico se regresa por la gran selva mágica a través de ríos caudalosos, selvas milenarias, con la ebriedad del color en las pupilas y el pesar de no haberse quedado allí, convertido en árbol.

Miguel Angel ASTURIAS

LAS INVENCIONES DEL NACIONALISMO

SIN duda, los celos de Francia ante el ingreso de la Gran Bretaña en el Mercado Común Europeo tenían —y siguen teniendo— una justificación obviamente seria. Andan en juego factores económicos, o de política económica, demasiado importantes de cara a su propia ciudadanía, para que el Gobierno de París y el sector de opinión que le apoya no se alarmen. De Gaulle solía señalar la amenaza de la «caravana» de ex dominios y ex colonias que Londres arrastraría consigo, si un día entraba en el cotarro. Al fin y al cabo, y en el fondo, eso del Mercado Común es un tinglado proteccionista, más o menos elástico, que, al parecer, ya ha conseguido algunos resultados relativamente confortables para sus miembros, y se comprende que éstos sean un tanto suspicaces frente a la posibilidad de ampliar el área de sus beneficios. Pero... La verdad es que, en el trámite de las últimas negociaciones —la prensa se ha ocupado de ello, con amplitud, días atrás—, no todos los argumentos debatidos respondían a intereses tan «razonables». Más bien daba la impresión de que, de pronto, el fantasma nunca jubilado de la Guerra de los Cien Años recuperaba energía: la tradicional rivalidad entre Francia e Inglaterra continúa vivita y coaleando. A ciertos niveles, desde luego. Y no me sorprendería que, desde el lado continental, hubiesen traído a cuento el mismísimo martirio de Juana de Arco.

Para un francés-francés, un francés como Dios —o el diablo— manda, es decir, «chauvin», y de hecho maurrasiano aunque se crea marxista o tecnócrata, Inglaterra no deja de ser un «enemigo» automático y fijo. Casi tanto como Alemania. El encono contra Inglaterra, para las masas capeto-jacobino-gaullistas, es, bien mirado, mucho más complejo y resabiado que el

odio al «boche». Los azares de la historia, o sus fatalidades, han provocado una situación paradójica en Francia: una vez liquidado Napoleón, no ha habido más remedio que aceptar la alianza con Inglaterra. «Los vándalos, cara Lutecial...» Eso: para rechazar la invasión alemana había que resignarse a pactar con el inglés. Si pensamos que estos antagonismos de fuerza bruta se planteaban en una época en la cual el entusiasmo nacionalista adquiría un empuje abrumador gracias a las escuelas, los oradores y los periódicos, se entiende el extremo de paradoja a que se llega, o se ha llegado. El caso del difunto Charles Maurras es significativo: Maurras no era «francés», sino occitano; predicó un regionalismo concupiscente y bobo; aborrecía a los alemanes más que a Satanás y al Papa —por que era un «galicano» perfecto; un jacobino de derechas «la France seule!»; y acabó acusado y recusado como «colaboracionista» de Hitler... Son cosas que ocurren.

El francés-arquetipo, y lo fue Maurras, y lo fue Pétain, y lo fue su gemelo de Gaulle, y lo fueron y lo son gentes importantes de derecha y de izquierda, e incluso de una supuesta extrema-izquierda, empieza por desconfiar de Inglaterra. La cosa les viene de la época de Juana de Arco. Eso de las «superestructuras» es algo extraordinariamente eficaz, cuando la instrucción pública, los actualmente llamados «medios de comunicación», y toda la red de penetraciones «ideológicas» posibles, sirven y funcionan como está previsto. Un francés, criatura de esta maquinaria, ¿qué ha de «pensar»? Pensará en «la France», y en «la France seule!», por poco que se descuide.

El topónimo, meramente administrativo, se le hincha de énfasis, de orgullo y de reconcomios. Ya lo sé, todos los nacionalismos son

iguales, y lo que digo de Francia puede replicarse con ejemplos similares de cualquier otro Estado, sea del Primer Mundo, del Segundo, o del Tercero. Pero Francia es el «rovell de l'ou» de la situación general: la antonomasia, si vale expresarse así. Francia inventó el «nacionalismo», o un determinado nacionalismo inventó a Francia y obligó a sus instituciones a ser maquiñalmente nacionalistas, hasta el absurdo: Inglaterra era su referencia «hostil». Para afirmarse «uno», ha de quedar bien claro quien es «el otro»: cuando los Capetos y la revolución más o menos robespierriana tuvieron su ocasión, Inglaterra resultaba —era— el maniqueo necesario. España flaqueó en tiempo de Felipe IV, o quizá antes, y Alemania no se coaguló hasta Bismarck. La rutina jacobino-maurrasiana era esta diana: el otro litoral del estrecho de la Manga.

Añádase a la coyuntura un dato: ni Francia ni Inglaterra pintan ya mucho, en el panorama internacional. Menos Francia que Inglaterra, por supuesto. Los ingleses han sido más hábiles en la liquidación de su Imperio colonial, y mantienen una cierta «autoridad» sobre los territorios que ya se independizaron; Francia no supo hacer lo mismo, y la «Francophonie» no pasa de ser una hipótesis. Precisamente porque entre Malraux y Pétain, y «l'abbé» Gregoire de la «Convention», y monsieur Thorez, había escasísimas discrepancias acerca de la cuestión. Sea como fuere, este distinguido planeta que habitamos no depende ya de Inglaterra ni de Francia, como en los buenos tiempos de los Enríques, de los Franciscos y los Luises, o de las Victorias y los Jorges, o de los vulgarísimos Carnot, Poincaré o Lebrun. La Casa Blanca y el Kremlin llevan la voz cantante. Y Pekín levanta la suya. En última instancia, todo el embrollo queda re-

ducido a que ya no se puede ser «Inglaterra» ni «Francia» con el ampuloso orfeón patriótico del nacionalismo estatal. Lo que está en curso de desaparecer es, exactamente, Francia e Inglaterra.

Desaparecen o desaparecerán, poco a poco, con una lentitud de tortuga del cuaternario, «Francia», «Inglaterra», y lo demás. De ahí eso del Mercado Común: Europa. En el «match» URSS-USA, Londres y París se convierten en ayudantes mediocres, únicamente útiles en la medida en que se confabulen. Son peones en una partida de ajedrez donde la reina y el rey, las torres y los alfiles y los caballos tienen una estrategia determinada por motivaciones «remotas». Quien «manda» no es el Londres ex victoriano ni el París ex napoleónico: es Washington o es Moscú. La disputa por la «hegemonía» dentro del Mercado Común, entre París y Londres, es un espectáculo cómico. París ha intentado obstaculizar la «competencia» de Londres, y Londres se ve forzado a «competir» con París. El quidproquó es sensacional. Sin darse cuenta, los diplomáticos de ambas potencias —ex potencias— se debaten en el vacío. Al final se han arreglado, según parece. Quedan pendientes algunos pruritos «decisivos». Por ejemplo: ¿cuál será la lengua del Mercado Común? ¿El inglés? Francia —Pompidou y los colaboradores de «Le Monde»— teme que sea el inglés. De Inglaterra no salen tantas inquietudes. Filológicas, al menos. El alemán, vencido, el sufrido holandés, el italiano alegre y descartado, la «pologlosia» de la Europa aduanera y preconfederable, ¿qué pito tocan en este episodio? La cuestión del idioma tiene su miga...

Joan FUSTER

¿Qué ocurre ahora en el Paseo de Gracia, núm. 100?

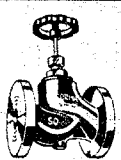
LENCERIA DEVA
Por cese de negocio

iiquida existencias y miles de prendas gran moda, procedentes de muestrarios boutique, a CUALQUIER PRECIO

¡APROVECHE ESTA LIQUIDACION!

AUTOCARES
BARCELONA
BELGICA
HOLANDA

Todos los miércoles salidas para
BRUSELAS y AMSTERDAM
IBERBUS, líneas regulares
VERGARA, 2. T. 231-08-89
Barcelona



VALVULAS
FORMA

Alta calidad, para vapor, ácidos y otros fluidos. ARCAM: calle Pamplona, 91



EINA Escuela de Diseño
Avda. Vallvidrera, 44 bis
(Estación Pié del Funicular Vallvidrera)
Tel. 203 09 23 Barcelona-17

MATRICULA CURSO PROXIMO

1ª convocatoria prueba de aptitud:
días 14 al 18 de Junio.
Mañanas de 10 a 13 horas.